

tiene siempre en sí mismo una fuente y como un mundo de corrupciones, según la Escritura. Todo lo infecto que hay en el aspecto de las criaturas procede de la abundancia de la impureza encerrada en cada uno de nosotros. Somos, unos respecto de otros, ese mundo corrompido, cuyo comercio es con tanta frecuencia contagioso.....» «Hasta un cartujo me ha dicho que si no vivirán separados unos de otros, de poco les serviría la separación del mundo en que viven» (1).

¿Cuál deberá ser la única ocupación del solitario cristiano? Es inútil decirlo para los que conocen un poco el cristianismo. Saint-Cyran dice «que si fuese joven, no abrazaría ninguna profesión, que solamente Dios sería el objeto de sus meditaciones y de sus ejercicios, ya en una celda, ya en un desierto.» «No pensar más que en sí y en Dios»; hé aquí el objeto ideal de la existencia del cristiano (2). Debe separarse de todo: «Cuanto más se separa de la tierra y de las cosas que nos rodean y ocupan más nuestro corazón, más se eleva á Dios por amor, y sale de sí mismo para entrar en él, en donde el alma se ensancha á medida que se estrecha y se cierra á las cosas de la tierra..... Para conseguir este resultado es preciso ejercitarse especialmente en las cosas que nos son más allegadas, que más afectan á nuestra carne y á nuestra sangre; es preciso pedir á Dios que separe nuestra alma del afecto de un marido, de un padre, de las personas á quienes amamos» (3).

Los discípulos de Saint-Cyran sobrepusieron á su maestro; re-

(1) SAINT-CYRAN, *ib.*, t. II, p. 136; t. I, p. 31.

(2) SAINT-CYRAN, *ib.*, t. I, p. 270, 442.

(3) SAINT-CYRAN, *Cartas espirituales y cristianas*, t. III, p. 358. Saint-Cyran insiste muchas veces en la necesidad de desligarse de los vínculos de familia. No se crea que se trata de parientes que pongan obstáculo á la salvación, oponiéndose á la entrada en religión. Se condena hasta las relaciones más inofensivas, porque son un lazo con el mundo: «Yo amo mucho á mis parientes, dice Saint-Cyran, pero creería cometer una gran falta si pasase una velada en conversación con ellos, y acabaría por notar que se había enfriado en mí el Espíritu Santo, y que me sería imposible hacer oración. Hace tres meses se encuentra en París uno de mis más próximos parientes; no he creído que me fuese lícito dejarle venir á verme aquí una sola vez (en Vincennes, donde Saint-Cyran se hallaba detenido), porque no he visto en ello, á mi juicio, ni necesidad ni utilidad.» (*Ib.*, t. II, p. 549.)

probaron las afecciones más naturales como un crimen, porque eran un obstáculo para la salvación. Pascal declara que el matrimonio es un homicidio y casi un deicidio (1). Con mayor razón se deben evitar todos los cargos civiles y todos los honores del mundo; los solitarios de Port-Royal decían que todo aquello era muy poca cosa para un cristiano, el cual debía tener en el cielo su corazón y su tesoro (2). Ni siquiera perdonan á la ciencia aquellos rígidos discípulos de San Pablo; equiparaban casi el deseo de saber con la concupiscencia de la carne; ¿qué digo? la creían todavía peor, porque su apariencia era más inocente: «De aquí, dice Jansenio, nace esa inquieta investigación de los secretos de la naturaleza que no nos atañen, que es inútil conocer y que no quieren saber los hombres más que por saberlos: San Agustín fué combatido por esta especie de tentaciones así como nuestro mismo rey» (3). El jansenismo curó á Pascal de *aquella vana curiosidad*, matando, como es sabido, una de las más bellas inteligencias que Dios ha creado. Las ciencias morales son hijas del orgullo, lo mismo que las ciencias físicas, y nos conducen directamente á la herejía: Jansenio repite la frase de los Padres de la Iglesia, de que todos los errores de los teólogos provienen de la filosofía (4). ¿Qué diremos de las bellas artes, y principalmente del teatro? «La comedia, responde un jansenista, es la realización y el fin de la idolatría» (5).

¿Cuál es, pues, según los jansenistas, la misión del hombre sobre esta tierra? Saint-Cyran nos lo dirá: «Toda la vida cristiana debe ser una vida de penitencia, ya se conserve la inocencia ó no, porque los restos del pecado que quedan después del bautismo no pueden ser destruidos sino mediante la misma acción que destruye los pecados que se han cometido al violarlo» (6). Fieles á estos preceptos, los solitarios de Port-Royal llevaban todos el cili-

(1) COUSIN, *Jacqueline Pascal*, p. 348 y sig.

(2) FONTAINE, *Memorias*, t. I, p. XXVIII.

(3) SAINTE-BEUVE, *Port-Royal*, t. II, p. 471.

(4) JANSENIUS, *Augustinus*, t. II, p. 8.

(5) DE SAGT, en FONTAINE, *Memorias para la historia de Port-Royal*, t. I, p. 258.

(6) SAINT-CYRAN, en ARNALDO D'ANDILLY, *Obras*, t. I, p. 22.

cio; los más robustos se disciplinaban una y hasta tres veces por semana (1). Hay que oír á la hermana de Pascal la narracion de las torturas físicas de su ilustre hermano, para tener una idea de los excesos, mejor dicho, de la locura del ascetismo cristiano: «Las conversaciones en que muchas veces tenía que tomar parte, por más que todas versaban sobre la caridad, no dejaban de inspirarle algun temor de que pudieran encerrar algun peligro; pero como tampoco podia su conciencia negar auxilio á las personas que se lo pedian, habia encontrado un medio para esto. Tomaba en tales ocasiones un cinturon de hierro lleno de puntas, y se lo aplicaba directamente sobre la carne, y cuando le asaltaba algun pensamiento de vanidad, se daba él mismo codazos para aumentar el dolor. Este sistema le pareció tan útil, que lo conservó hasta la muerte, hasta los últimos tiempos de su vida, en que padecia continuos dolores.» Se sienten impulsos de maldecir una doctrina que movió á un gran genio á destruirse por medio de estas torturas voluntarias. Pero *Pascal* mismo nos responde: «No me compadezcáis; la enfermedad es el estado natural de los cristianos, porque mediante ella estamos como deberiamos estar siempre, sufriendo males, privándonos de todos los bienes y de todos los placeres de los sentidos, exentos de todas las pasiones que trabajan durante todo el curso de la vida, esperando siempre la muerte.» Esto no es un arranque de un pensador tétrico; Pascal no hace más que repetir lo que decia San Bernardo, y los solitarios de Port-Royal ponian en práctica aquellas rudas lecciones: «Al paso que los hombres de mundo temen á las enfermedades, los servidores de Dios hacen lo que pueden por caer enfermos..... Si disfrutasen de una salud fuerte y vigorosa, apenas se creerian servidores de Dios» (2).

Hé aquí los excesos á qué conduce el espiritualismo cristiano; la vida no es más que un lento suicidio. Cualesquiera que sean los extravíos de la moral de los jesuitas, el principio de que parte es más verdadero que la doctrina jansenista. Loyola condena con razon el egoismo de los que buscan su salvacion en la soledad, es

(1) FONTAINE, *Memorias para la historia de Port-Royal*, t. I, p. XXIV.

(2) FONTAINE, *Memorias para la historia de Port-Royal*, t. II, p. 33.

decir, en la abdicacion de la verdadera vida; llama con razon á sus discípulos á una existencia activa, á una lucha de todos los instantes; les enseña con razon que el cristiano debe trabajar en su salvacion procurando la salvacion de sus semejantes. Pero tambien es preciso confesar que el jansenismo es el verdadero heredero del cristianismo primitivo. Compárense las máximas de los Padres del desierto, canonizados por la Iglesia; compárense las creencias y las prácticas de los santos de la Edad Media, con la doctrina y la vida de Port-Royal, y se verá que son de la misma familia, que su fe es idéntica. San Antonio, San Bernardo y Pascal usan el mismo lenguaje, y su vida es la misma. Con sólo esto queda probado que los adversarios implacables de Port-Royal están fuera del cristianismo histórico. Siempre venimos á parar á la misma consecuencia; se ha efectuado una inmensa trasformacion en el seno de la Iglesia, que se precia de su inmutabilidad como señal de su origen divino. Pero ¿cómo es que los jefes de una Iglesia que siente tan grande horror hácia todo lo nuevo, se decidieron á condenar á los representantes de la antigua tradicion y á dar la razon á los que la rechazaban?

II.— *El jansenismo condenado.— Nuevo cristianismo.*

Dos cristianismos se hallaban frente á frente; el cristianismo severo de San Agustin, que rebaja la naturaleza humana, que la rompe para arrojarla á los piés de la Cruz, sin dejarle más esperanza que la gracia de Dios, y el cristianismo de los jesuitas, que tratan de acomodar el rigor del dogma ortodoxo á las necesidades y á los gustos de la sociedad moderna, y que facilitan todo lo posible la religion á fin de contener ó atraer á las masas al seno de la Iglesia. Que el jansenismo sea la expresion fiel de la doctrina de Agustin en cuanto al dogma y del espiritualismo cristiano en cuanto á la práctica de la vida, no lo ponen en duda más que los que tienen interes en negarlo. Esto es tan cierto que los papas vacilaron mucho tiempo ántes de condenar á los jansenistas; se puede afirmar que si el debate no se hubiera complicado con pa-

siones é intereses ajenos á la teología, el condenado no hubiera sido el jansenismo, sino el molinismo.

Habia en el siglo XVII una institución, cuya misión era mantener intacta la ortodoxia, defendiéndola en caso de necesidad por medio del hierro y del fuego; la Inquisición, severo guardian de la fe católica, estaba en manos de los discípulos de Santo Tomás. Enemigos jurados de los jesuitas, los dominicos amenazaron con quemar el libro de Molina. Si los papas hubieran estado abandonados á sí mismos, hubieran sancionado la opinión de la Inquisición, pero no se trataba de un escritor aislado; el general de la Compañía y toda la orden se declararon por el jesuita español. En realidad, la doctrina de Molina, con ligeras variantes, habia sido profesada siempre por la Sociedad (1). Ahora bien, la Sociedad de Jesús era una potencia, y potencia completamente adicta á la Santa Sede. ¿Cómo se habian de decidir los papas á condenar una orden que era el campeón de su soberanía, y á la cual debia el catolicismo, más que á los reyes y emperadores, las victorias que alcanzaba sobre la herejía? Estas consideraciones políticas tenian en la corte de Roma más influencia que los oscuros debates de los teólogos.

El Pontificado no ha visto nunca en la teología más que un instrumento de dominación. A fines del siglo XVI y durante el XVII, á la indiferencia por el dogma habia que añadir una profunda ignorancia. En Roma dominaban como soberanas la ambición y la intriga más que en las cortes de los reyes. La teología era mal medio para llegar al poder y á la riqueza, así es que los prelados no hacían caso de ella. En las largas discusiones que tuvieron lugar en la congregación instituida para discutir las cuestiones de la gracia, llegaron muchas veces á dormirse los cinco cardenales asistentes, lo cual hizo decir á un teólogo consultor, «que al menos debían encargarse á uno de ellos alternativamente de hacer cen-

(1) El autor de la vida del cardenal Bellarmino dice: «*Quam sententiam (de Molina) et si aliqui, eo quod ex unius privati scriptoris nata ingenio erat, minime censebant defendi debere a societate universa: attamen ii qui tum praeerant, aliter declararunt; tum quia nostrorum professorum pars major in Academiis eam tuebatur, tum vero quia iudicabatur in primis idonea ad nostri aevi haereses provincendas.*» (JANSENIUS, *Augustinus*, t. III, p. 1075.)

tinela» (1). ¿Qué importaba á los cardenales que Molina fuese más ó menos pelagiano, siempre que ellos pudieran explotar la cristiandad? Después de todo, ¿no eran los jesuitas el instrumento más poderoso de la dominación pontificia?

Si la doctrina de los jesuitas no fué condenada en Roma, porque eran los defensores del Pontificado, los jansenistas, por el contrario, recibieron la censura por el poco respeto que manifestaban hácia la infalibilidad de los vicarios de Dios. Hemos dicho que Pío V declaró heréticas algunas proposiciones de Bayo tomadas literalmente de San Agustín. Cuando *Jansenio* se puso á comparar la doctrina de su maestro con la censura del Papa, su perplejidad fué grande: «*vacilo*, dijo, y no sé qué decidir» (2). Se puede decir sin exageración que esta declaración produjo la condenación del jansenismo; un teólogo, un obispo, se atrevía á *vacilar*, cuando la Santa Sede habia *decidido*? Esto es un crimen enorme, que de ninguna manera podía repararse, y los jansenistas no hicieron nada por repararlo. Enemigos mortales de una orden cuya misión era exaltar el poder pontificio, eran por esto sólo sospechosos al Pontificado. Tales son las consideraciones que produjeron la condenación de *Jansenio*.

Los papas, esos órganos infalibles de Dios, no echaban de ver que, al censurar á *Jansenio*, abandonaban el antiguo cristianismo. Sin embargo, sin más que ver la alegría de la Sociedad, hubieran debido convencerse de la gravedad de la sentencia que habian pronunciado; los jesuitas decían claramente que San Agustín y toda la escuela de Santo Tomás habian sido condenados con los jansenistas (3). Para los hombres de buena fe no puede haber sobre este punto la menor duda. *Jansenio* reproduce con fidelidad, y casi siempre literalmente, el pensamiento de su maestro. Luego Inocencio X y Alejandro VII, al declarar heréticas las proposiciones de *Jansenio*, declararon herética la doctrina de la gracia,

(1) LE CLERC, Memorias sobre la gracia (*Biblioteca Universal*, t. XIV, p. 289-291, 314).

(2) *Hæreo, fateor*. JANSENIUS añade, lo cual á los ojos de los ultramontanos es una nueva injuria, que si el Papa hubiese sabido que las proposiciones de Bayo eran de San Agustín, seguramente no las hubiera condenado.

(3) GERBERON, *Historia del jansenismo*, t. II, p. 149.

á la cual ya unido el nombre de San Agustín; dieron cima á la obra comenzada por Pío V. Se dirá que nos complacemos en poner á los papas en contradicción con el ilustre padre de la Iglesia, siendo así que nunca ha sido su intención rechazar su creencia. Nuestra respuesta es fácil y perentoria; no emitimos nuestra opinión, sino la de un cuerpo cuya ortodoxia no ha sido nunca puesta en duda. Dejemos aparte las intenciones, que solamente Dios puede juzgar, y vengamos á los hechos. ¿Cuál era el objeto de los jesuitas en la guerra implacable que hicieron á los jansenistas? ¿Era combatir al oscuro obispo de Ypres, ó atacaban al gran nombre bajo el cual se cobijaban sus enemigos? La Universidad de Lovaina nos lo dirá: «Toda la intención de los jesuitas es combatir á San Agustín, atacando á *Jansenio*. La creencia y la doctrina humillante de aquel gran santo relativa á la gracia del Salvador, no ha sido del agrado de la Sociedad, en cuanto se ha comenzado á razonar filosóficamente sobre los misterios de nuestra religion, y no han dejado nunca de atacarla abiertamente, ó de minarla por medio de prácticas secretas» (1). Los papas, tal vez sin saberlo, se hicieron cómplices de esta táctica. La Sociedad no trató de hacerles condenar á San Agustín; pero cuando consiguió la censura de las cinco proposiciones de *Jansenio*, pudo alabarse con razón de haber vencido á un adversario más formidable, el doctor de la gracia.

Condenar á San Agustín bajo el nombre de *Jansenio* es ya una cosa muy grave, áun cuando no se tratase más que de la doctrina de un escritor, porque este escritor es uno de los grandes pensadores del cristianismo. Pero las bulas de Pío V, Inocencio X y Alejandro VII, tienen todavía mayor gravedad; al condenar á San Agustín, han condenado á la Iglesia. No lo decimos nosotros, repetimos, lo dice la Universidad de Lovaina. Escuchemos la acusación fulminante de la facultad de teología contra la Compañía de Jesús: «Los jesuitas enseñan que San Agustín se ha equivocado, que no ha visto que su dogma de la predestinación destruye la libertad humana. Sin embargo, la doctrina de San Agustín ha sido considerada como ortodoxa por la Iglesia; los

(1) GERBERON, *Historia del jansenismo*, t. I, p. 133.

papas la han recomendado como tal. Si se ha engañado, ¿qué es de la autoridad de la Iglesia? ¿qué es de la autoridad de los papas? ¿Habrá que decir que los papas y la Iglesia se han equivocado con el doctor de la gracia sobre puntos fundamentales de la teología cristiana! Los jesuitas hacen más: pretenden que los Padres griegos han enseñado una doctrina contraria á la de San Agustín. ¿De suerte que la Iglesia tiene dos creencias contradictorias! ¿Qué es entonces de la unidad de la Iglesia? ¿Qué es de la inspiración del Espíritu Santo? ¿Piensa el Espíritu Santo de diferente manera, según habla en griego ó en latín?» (1). La acusación es tremenda y desafiamos á que respondan los defensores de la Iglesia. Es positivo que los jesuitas abandonaron el cristianismo de San Agustín, para inclinarse á un cristianismo más libre, más humano, más filosófico, del cual aparecen realmente rastros en los Padres griegos. Los papas, al declararse por los jesuitas contra *Jansenio*, han aprobado por consiguiente el nuevo cristianismo; han desmentido la unidad y la inmutabilidad de la Iglesia, han desmentido su pretendida infalibilidad.

Hemos dicho que la doctrina de San Agustín, renovada por *Jansenio*, y la doctrina de los jesuitas daban por resultado conceptos de la vida completamente diferentes, y por consiguiente morales opuestas. La Santa Sede, al condenar el dogma de los jansenistas, hubiera debido reprobar también las consecuencias prácticas que se deducen de él; al dar la razón á los jesuitas hubiera debido aprobar sus principios morales. Pero la devoción fácil, las restricciones mentales y las opiniones probables, habían encontrado un terrible adversario. A la voz de *Pascal*, la conciencia pública se declaró contra *las porquerías de los casuistas* (2). Tal es la expresión de *Bossuet*. Sin dejar de aceptar las bulas de los papas contra *Jansenio*, el clero de Francia se declaró por la moral jansenista: «Los herejes, dice, nos echan en cara todos los días el consentir en el lugar sagrado una abominación que no podemos ignorar; esta censura nos cubriría de confusión ante Dios y ante los

(1) Censura de la facultad de teología de Lovaina, de 1587. (D'ARGENTÉ, *Collectio judiciorum*, t. III, Suplemento, p. 120-135.)

(2) SAINTE-BEUVE, *Port-Royal*, t. III, p. 165.

hombres, si nos callásemos» (1). Por su parte Inocencio X y Alejandro VII condenaron los excesos de los casuistas de la Compañía, declarando que producían una corrupción total de la vida cristiana (2). En Bélgica el alto clero y la Universidad de Lovaina, rivalizaron en sus ataques contra la Compañía. El arzobispo de Malinas denunció á los jesuitas á la Facultad de Teología: «Agrandan el cielo, dice, enseñando una moral que hubiera ruborizado á los paganos; buscan excusas para los pecados, cubriéndolos con el manto de la probabilidad; eluden los preceptos de la Iglesia y anulan los sacramentos.» El obispo de Gante se quejó «de que se despreciaban los mandamientos evangélicos, se pervertían las costumbres, se autorizaban los vicios con pretextos especiosos: *la Compañía de Jesus, dice, no solamente engaña á los hombres, sino que quisiera, si pudiera, imponerse á Dios. Esto es lo que pasa públicamente. Dios sabe lo que se practica en el secreto del confesionario! Los hechos lo demuestran: LA CONFESION SIRVE PARA CORROMPER LAS CONCIENCIAS.*» La Facultad de Teología de Lovaina se apresuró á censurar las proposiciones condenadas por el episcopado belga (3).

Se dice que Pascal ha matado á los jesuitas; más exacto sería decir que los jesuitas han matado el cristianismo de Pascal. En vano la Iglesia, después de haber condenado el dogma de Agustín, ha reprobado la moral de la Compañía de Jesus. Ha hecho una cosa contradictoria, porque el dogma y la moral están relacionados como el principio y las consecuencias que de él se deducen: rechazar el dogma de Jansenio era rechazar el concepto de la vida, que bajo su influencia se había desarrollado en Port-Royal; dar la razón á la teología de los jesuitas era aprobar su moral, á lo menos en sus premisas. Ahora bien, las ideas tienen una fuerza irresistible: el cristianismo de San Agustín, rechazado

(1) Asamblea del clero de 1700. Discurso del Presidente (*Actas de las asambleas del clero*, t. VI, p. 477). Compárese DU PIN, *Historia eclesiástica*, siglo XVII, t. IV, p. 361-378, 391-403.—El abate GUETTÉE, *Historia de la Iglesia de Francia*, t. XI, p. 177-196.

(2) «*Ingens irreptura esset vitæ christianæ corruptela.*» (D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. III, Supplem., p. 320, 327.)

(3) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. III, Supplem., p. 269, 283.

por la Santa Sede, abandonado por la Iglesia, arrastró en su caída al cristianismo práctico de Port-Royal; los discípulos de Saint-Cyran fueron los últimos santos, y, como para hacer ver que caducaba el antiguo cristianismo con sus rigores, Port-Royal fué entregado á la piqueta demoleadora; apenas quedan de él algunas ruinas, como quedan algunas ruinas de la religión que allí se practicaba. El jesuitismo, lejos de haber sido vencido, está triunfante. En la esfera de la doctrina esto es completamente evidente; los católicos del siglo XIX no comprenden siquiera la gracia de San Agustín, y cuando se atribuyen á la Iglesia las opiniones del gran doctor, dicen que se la calumnia (1). La moral de los jesuitas ha vencido lo mismo que su dogma, no en sus excesos, pero sí en su principio. Compárese la vida cristiana del siglo XIX con la concepción de los primeros discípulos de Cristo, con la existencia de los solitarios de Port-Royal, y se tendrá que confesar que no tienen de común más que el nombre de cristiano.

No echamos de menos el cristianismo de San Agustín y de Port-Royal. Y no porque no nos interese, hasta en sus extravíos, la grandeza del espiritualismo que constituye su esencia; el espectáculo del materialismo que invade las sociedades modernas, nos haría desear el pasado, si no tuviéramos la convicción profunda de que estaba fundado en una teología y en una moral igualmente falsas. Hemos dicho en otra parte nuestra opinión sobre la doctrina de San Agustín y sobre el espiritualismo evangélico: al rechazar una y otro, los jesuitas expresaban los sentimientos de la conciencia moderna. El tiempo de los santos de la Tebaida y de la Edad Media ha pasado; son hombres extraños á la humanidad, que desprecian y huellan los sentimientos más legítimos de la naturaleza, los deberes más imperiosos que imponen la sociedad y la familia, para entregarse en la soledad al trabajo

(1) SAINTE-BEUVE, *Port-Royal*, t. II, p. 129: «Recuerdo que un día, uno de los más elocuentes oradores católicos de nuestros tiempos, á quien hallé meditando acerca del santo doctor, me confesó su admiración (de la contradicción de las opiniones de San Agustín con el cristianismo reinante), añadiendo, es verdad, que no podía menos de creer que sobre todo un conjunto de puntos el gran doctor, por grande que fuese, había incurrido en exageración é indudablemente se había equivocado.»

egoísta de su pretendida salvacion. Si el concepto de la vida de los santos es erróneo, la doctrina de donde provenia no puede ser verdadera. Pecado original, gracia, predestinacion, todos estos dogmas, que son la base del cristianismo histórico, no tienen ningun fundamento racional: son creencias imaginarias inventadas para servir de apoyo á una revelacion imaginaria.

Si los jesuitas han abandonado una creencia falsa y la falsa concepcion de la vida que de la misma se deduce; si su dogma y su moral, en lo que tienen de esencial, responden á las necesidades, á las ideas, á los sentimientos de la humanidad moderna, ¿por qué han fracasado? ¿Por qué ese concierto de maldiciones que los ha perseguido así en el seno de la Iglesia como en el mundo láico? La Compañía ha fracasado, porque la sociedad moderna no quiere el cristianismo de Loyola, como no quiere el de Agustin. Los jesuitas han intentado una obra imposible: querian conservar el edificio del catolicismo, á la par que abandonaban la ortodoxia tradicional en puntos esenciales. En esto hay contradiccion. Los jesuitas obedecian instintivamente al espíritu nuevo; eran por la fuerza de las cosas hombres del progreso y del porvenir, pero esto era á su pesar, porque su mision era restaurar lo pasado. De aquí las tendencias opuestas que se chocaban y combatian. Por una parte profesaban la libertad en la esfera de teología y rehabilitaban la naturaleza humana; por otra parte, sometian al hombre al poder absoluto del Papa, vicario infalible de Dios. En definitiva, su doctrina no era más que un instrumento de dominacion; no trataban de emancipar á la humanidad, sino de someterla. Si se quiere salvar lo que hay de verdadero en el cristianismo, si se quiere reconciliar la religion de lo pasado con la sociedad del porvenir, hay que proceder con más sinceridad y franqueza, y tener resolucion para sustituir un antiguo edificio que se desploma, con un nuevo templo. Es preciso tener el valor de confesar la necesidad del progreso y de la innovacion, al paso que los jesuitas, á la vez que introducían innovaciones, no querian ser tenidos por innovadores. Esto quiere decir que la Iglesia, como tal, es incapaz de presidir á la trasformacion de las creencias religiosas. La tentativa hecha por la Compañía de Jesus es una prueba decisiva; ha fracasado porque era imposible que triunfase.

SECCION II.—LA RELIGION REVELADA. TOLERANCIA.

Hemos seguido el movimiento de trasformacion que tiene lugar en el seno del catolicismo y de la reforma; en ambas confesiones el sentimiento religioso tiene tendencias á ensancharse, á romper los vínculos de un dogma estrecho y exclusivo. Las sectas más avanzadas del protestantismo reconocen los cambios que tienen lugar en sus creencias; marchan resueltamente hácia un nuevo porvenir religioso. La ortodoxia católica no se atreve á confesar los pasos que da fuera del cristianismo tradicional, porque la sola idea de la novedad quebranta su imperio; pero en vano niega el progreso, el mundo sigue avanzando y arrastra consigo á los que se resisten, de la misma manera que la tierra arrastra en su movimiento á los vicarios infalibles de Dios que siguen diciendo que no se mueve. Tal es la ley providencial de la humanidad, y no hay resistencia que valga contra la voluntad de Dios.

Vamos á seguir la marcha progresiva de la religion en otro órden de ideas. Todas las confesiones cristianas se fundan en una revelacion milagrosa; por esto sólo están en oposicion con la razon, y por lo mismo todas han tratado de dominar al libre pensamiento é imponerle silencio. Miétras la fe en la revelacion fué viva y ardiente, la Iglesia, que se creía depositaria de la verdad divina, rechazó los ataques de la razon con el hierro y el fuego. Hoy se quisiera reconciliar á la razon con la religion revelada; ésta es una señal segura del debilitamiento de las antiguas creencias, ó si se quiere, de su trasformacion. El libre pensamiento y la revelacion son enemigos naturales; cuando uno de ellos triunfa, puede asegurarse que el otro desaparece. Tal es el gran interés que presenta el progreso de la tolerancia; es el progreso del libre pensamiento, y por consiguiente, la decadencia de la antigua ortodoxia.

Lo que caracteriza á la fe ortodoxa, llámese protestante ó ca-